



La larga espera por una familia de los niños con discapacidad

Se buscan acogedores y adoptantes. En el Día Mundial de la Adopción, asociaciones, investigadores y protectores de la infancia se encuentran en 'Crónica' para hablar de una realidad olvidada. "Nos encantaría una familia para ellos, pero no ha sido posible"...

Por
Angélica
Reinosa

A Daniel lo describen como «la sonrisa de la casa». Tiene cuatro años y síndrome de Down. Juega en un columpio de la residencia infantil Rosa. Está allí porque le tocó una familia complicada: problemas de violencia y consumo de tóxicos que derivaron en una desatención del menor. «Necesita un acogimiento familiar permanente, una familia que le estimule porque en sus dos primeros años de vida ha recibido una atención muy deficitaria», detalla Antonio Ferrandis Torres, jefe del Servicio de Adopciones Nacionales e Internacionales de la Comunidad de Madrid.

Clara tiene apenas 10 meses y una enfermedad genética degenerativa. Hoy goza de buena salud, pero su futuro es incierto: probablemente desarrollará una enfermedad con deterioro neurológico y cognitivo. «Necesita una familia adoptiva que acepte esta incertidumbre y en su día acompañe su situación personal y posible dependencia durante la edad adulta».

Miriam, de dos años y medio, ha estado en acogimiento temporal desde que tenía seis meses. Dado que su fami-

lia biológica no logra remontar, pasará a ser adoptada. «Presenta sólo un retraso de desarrollo psicomotor y de aprendizaje, aunque existe sospecha de Trastorno del Espectro Autista (TEA)». Ferrandis ha renombrado a estos pequeños para hacer lo que mejor sabe: protegerlos. Los tres, como tantos otros niños con discapacidad o necesidades especiales, viven este Día Mundial de la Adopción a la espera de una familia dispuesta a dar y recibir cariño.

La residencia de primera infancia Rosa es uno de los centros «de urgencia» del sistema de protección infantil de la Comunidad de Madrid. Es un recurso temporal destinado a menores que deben ser separados inmediatamente de su familia porque están en riesgo su seguridad, salud o desarrollo. En este espacio atienden a los más pequeños —de no más de tres años de vida, con y sin discapacidad—. Pero hay excepciones, como Daniel, que, por la dificultad de encontrar una familia, continúa esperando.

En este lugar un equipo profesional cualificado cuida de 21 niños. «Lo ideal es que aquí estén muy poquito tiempo y que puedan pasar a un ambiente familiar donde haya

una figura de referencia, y que sea mucho más estable de lo que podemos ser nosotros. Mientras tanto, nuestro trabajo es cuidarles lo mejor que podemos y que administrativamente se agilicen los procesos para que los niños puedan salir a otro ambiente», explica Vicente Varela, director de la residencia Rosa. Ese ambiente puede ser su familia biológica, si logra superar sus problemas, o una nueva familia de acogida o adopción.

El encontrar una familia para un niño pequeño, sano, sin discapacidad y menor de dos años es relativamente sencillo. «La última vez que se abrió el registro de adoptantes en la Comunidad de Madrid fue en el 2022. Durante 60 días se inscribieron 1.462 familias», detalla Ferrandis. Pero la dificultad está en encontrar a quien diga «pueden contar conmigo» para una *adopción especial*. De la cifra anterior, «apenas 100» alzaron la mano. «Menos del 10% de las familias en su ofrecimiento inicial lo contempla».

El jefe del servicio de adopciones de la Comunidad de Madrid comenta en repetidas ocasiones que «faltan familias acogedoras capaces de querer a un niño, de cuidarlo como propio, de darle la mis-

ma vida que les dan a sus hijos sabiendo que él mantiene la vinculación con su familia [biológica]». En España, por tanto, se buscan más acogedores que adoptantes.

Es un déficit que es más palpable en los niños con condiciones especiales, sobre todo en los que presentan una discapacidad de tipo psíquica. Ana Berastegui, doctora en Psicología e investigadora en el Instituto de la Familia de la Universidad Pontificia Comillas, señala que esta falta de ofrecimientos se debe, en primer lugar, al desconocimiento. «Muchas familias no saben que, aunque hay colas para adoptar niños, sin embargo, hay niños con necesidades especiales que están a la cola de ser adoptados o acogidos».

LAS NECESIDADES MÁS IGNORADAS

Berastegui, quien ha realizado estudios sobre la adopción, explica que «a los chavales con discapacidad que tienen el diagnóstico más incierto, retrasos madurativos complejos, problemas de comportamiento o de regulación emocional, es más difícil encontrarles una familia». Sobre todo, cuando los niños «se vuelven mayores en el sis-

te tipo de ofrecimientos, estaríamos encantados». Eso sí, no quiere a nadie por obligación.

Helena Escalada, directora de la Asociación Española de Atención y Apoyo a Familia y Adopción (ASEAF), ha constatado que el miedo más común ante la perspectiva de abrir la puerta de un hogar a niños con o sin discapacidad es el no sentirse preparado para asumir el reto. «Muchas familias creen que no sabrán cómo hacerlo bien, o que el sistema no las acompañará lo suficiente. Sin embargo, cuando se explican bien los apoyos disponibles y se garantizan recursos adaptados, los temores se transforman en compromiso», asevera Escalada, quien también es madre de acogida de tres hermanas.

La presidenta de la Asociación de Acogedores de Menores de la Comunidad de Madrid (Adamcam), Paloma Fernández, recuerda que, pese a los avances, la discapacidad aún es la gran desconocida. «Es más, la sociedad permite no llevar a término un embarazo si se prevé una discapacidad. Por lo que la percepción de esta es tremendamente negativa y la carga que pesa sobre ellos se multiplica exponencialmente».

UNA RESIDENCIA "MIENTRAS TANTO..."

«Cuando los servicios sociales advierten del riesgo de un menor, se toman medidas para protegerlo. En los casos más drásticos, son separados de sus familias y llevados a un centro «de urgencia», como la residencia Rosa, donde se tomaron estas imágenes. A la izquierda, una niña que vive temporalmente en este lugar. «Lo ideal es que estén poco tiempo. Mientras tanto, nuestro trabajo es cuidarles lo mejor que podemos», dice V.



que dan «todas las facilidades del mundo» a quien se ofrece para adoptar o acoger a los niños en las situaciones más complejas, la evaluación de su idoneidad no deja de ser igual de exigente que en el resto de los casos. «Lo que no hacemos es que, por el hecho de que un niño tenga especial necesidad, darlo al primero que pasa». En este orden, si supera las pruebas y requisitos, el adoptante deberá formarse para asumir esa paternidad y demostrar que es lo suficientemente responsable y maduro emocionalmente. En el caso de *adopciones especiales*, esa formación se complementa con la colaboración de asociaciones específicas para cada condición con el fin de garantizar el bienestar del menor.

Aunque Antonio reconoce que aún faltan más apoyos para proteger la infancia de los menores tutelados, lo cierto es que sí se ha avanzado en diversos aspectos, como el ofrecer un acompañamiento postadopción. «El sistema de adopción está intentando adaptarse a las novedades sociales, a las maneras de las familias de construirse y de comprender el sistema de protección», analiza la investigadora Berastegui. «Está en proceso de cambio y de crecimiento,

aprendiendo de la experiencia de todos los niños que se adoptaron a principios de los años 2000, que hubo un *boom* muy importante de la adopción internacional, y que ahora están alcanzando la vida adulta», continúa la experta.

OKSANA. ADOPTADA A PRINCIPIOS DEL 2000

Por ejemplo, Oksana Azpitarte, de la asociación La Voz de los Adoptados, cuenta que su adopción, hecha a principios del 2000, no fue gestionada de la mejor manera. Ella nació en Kiev (Ucrania), su madre la dio en adopción por no poder hacerse cargo de ella y

encontraba bien, por lo que la ruptura con su único entorno conocido le generó miedo y confusión. Reconoce que por años vivió con el temor constante al abandono. A su vez, señala que al principio nadie le habló de la discapacidad o su identidad.

Esta joven química reconoce el amor de su madre adoptiva. «Sé que me quiere mucho y que ha hecho lo mejor que ha sabido», razona, pero lamenta la falta de preparación y acompañamiento ante el impacto psicológico de la adopción y la gestión de su discapacidad. «La adopción se ve como un acto de caridad, algo supergeneroso y yo he crecido con frases como: "A ti te ha tocado la lotería", "qué valiente tu madre por adoptarte", cosas así que me daban a entender que no todo el mundo me iba a querer por mi físico», exterioriza.

Oksana sabe cómo se siente el rechazo. «Ver que un adulto no nos quiere por nuestra condición física afecta mucho a nuestra autoestima; es ver que no te aceptan por algo de lo que no tienes culpa de haber nacido con ello», expresa. Y el rechazo está

ahí. «En nuestros centros de protección hay bastantes niños con necesidades especiales», enfatiza Ana Berastegui, que además tiene un hijo con síndrome de Down. No obstante, la investigadora destaca que, en la actualidad, «se da la paradoja de que las familias en las que estos niños se integran suelen estar muchísimo mejor encajadas y adaptadas que en cualquier otra de las adopciones».

La investigadora atribuye el éxito a una cuestión «de expectativas y de sentido». «Esta idea de que uno va preparado para enfrentar una gran dificultad y luego se encuentra una vida familiar con dificultades, por supuesto, pero también con alegrías, con enriquecimiento. Sin embargo, aquel que se esperaba tener una vida más sencilla y de repente se encuentra con obstáculos y dificultades, le cuesta más hacer frente a esa realidad», desarrolla.

«De lo poco que se puede afirmar es que la única adopción en la que no existen fracasos es la *adopción especial*», corrobora Antonio Ferrandis con sus 25 años de experiencia. Pero España (Daniel, Clara, Miriam...) aún busca acogedores y adoptantes.

@AngelicaArv



Varela, director del centro, a la derecha de este texto. Entre estas líneas, el jefe del servicio de adopciones de la Comunidad de Madrid, A. Ferrandis.
ÁNGEL NAVARRETE

tema de protección y se combina esta doble necesidad de edad y de discapacidad».

Lo que comenta la investigadora bien lo sabe Ferrandis. «Tenemos dos niños que han pasado los 10 años con una discapacidad intelectual muy severa a los que ha sido imposible encontrar una familia adoptiva», lamenta. «Nos encantaría haber encontrado familia para ellos, pero no ha sido posible», expresa sin descartar que aún pueda suceder. «Si apareciera una familia con es-

Como antigua madre de acogida y actual madre adoptiva de una persona con discapacidad psíquica y motora, Fernández sabe que «a un niño que ha sufrido adversidad en la vida no se le puede ofrecer otra adversidad como crecer en residencias... Ahí no será una persona plena». Fernández comparte un gratificante dato: «El grado de discapacidad de mi hija era de 86%. Por el mero hecho de pasar a una familia, el grado de discapacidad pasó a ser del 76%».